

LA CONCIENCIA CATÓLICA ⁽¹⁾

Señores Académicos. Señoras y señores:

La Academia Literaria del Plata hoy nos congrega en esta fiesta tradicional, celebrando las glorias de su virgen protectora, en brillante homenaje de religiosa cortesanía, fiel a su hermosa divisa: ¡por la religión y por la patria!

La conciencia de la personalidad no se ciñe, en efecto, al estrecho límite del sér individual y extendiendo así su campo psicológico descubre en el ente colectivo caracteres fijos, por sobre cambiantes matices, informativos de la personalidad social; animada ésta por una fuerza viva—el alma de la raza—admirable *substratum* de virtudes, de tradiciones y de ideales, cuyo conjunto forma el patrimonio espiritual de la nación, el molde propio de su cultura, la síntesis viva de una excelsa aspiración moral.

¿Qué mucho entonces los arrebatos del patriotismo, cuando inspirado en tan generosa concepción, se sirve de su culto para remontar con raudó vuelo la altura del ideal, y escalando así las más altivas cumbres iza el pabellón glorioso de la patria, flameante por sobre los intereses mezquinos de un utilitarismo egoísta, como símbolo sagrado de unión y de concordia, de solidaridad y de amor, de sacrificio y de abnegación, de virtud y de piedad, de vida y de progreso, y, por fin, de profundo y noble acatamiento al precepto fundamental de «amaos los unos a los otros», cifra y compendio de las sublimes doctrinas del Evangelio?

Sí, señores, la caridad es la fuente viva del patriotismo, como lo es de todas las virtudes; y si no bastara la génesis de este sentimiento para convencernos de su verdad, de su belleza y de su poder, ábranse las páginas sagradas del libro por excelencia para atestiguarnos que la patria, en su entidad real, existe gloriosa a los ojos de Dios y de los hombres; y como objeto amoroso de las divinas complacencias está encomendada su custodia, a la par que la de los individuos, al celo

(1) Discurso pronunciado por su autor en la velada de la Academia Literaria del Plata, el 30 de agosto.

bizarro de sus ángeles guardianes. Hecho significativo y revelador de la existencia de la nación, en su atributo de persona moral y por cima de una mera abstracción de la mente imperfecta y especulativa.

El patriotismo ostenta así carácter natural y opuesto al producto facticio de las creaciones sociales, reflejándose en la conciencia colectiva con rasgos salientes y transcendentales; al extremo de que el hombre, inflamado de su llama, elévase a la perfección de sentir por su estirpe patria, ese amor que a semejanza de los seres superiores «no condena con palabras de execración a los de su especie», engendrándose de tal modo la maravillosa solidaridad constitutiva de una potente y sana conciencia nacional.

De ahí que la religión con su liturgia sagrada y con la autoridad de sus enseñanzas infalibles, háyase siempre asociado a los fastos de la patria, para proclamarlos como bendiciones del Omnipotente; y por ende tributarle la criatura el solemne homenaje de su gratitud, entonando el himno clásico bajo las bóvedas imponentes de sus catedrales y elevando al cielo la plegaria con notas vibrantes de salmodia en magnífico y sublime *sursum corda*.

Dar a Dios lo de Dios y al César lo de César, fueron las palabras demoledoras del régimen teocrático del mundo antiguo; y a su conjuro nació el Estado con su dominio perfecto, en el regazo maternal de la Iglesia, con carácter de sociedad también perfecta.

El mundo antiguo—cuya impronta social fué el aislamiento—engendró ese patriotismo hosco y brutal, himno del cual era el furioso chis-chas de las armas; el mundo cristiano sólo es compatible con el patriotismo pacífico emanado de las doctrinas evangélicas; y cuyo himno triunfal entonaran los coros celestiales, en aquella noche resplandeciente, con los acordes idílicos de una épica y eterna canción de amor: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres!»

La conciencia católica, como omnicomprendensiva, es consecuencia lógica de la soberanía de la Iglesia.

En el paganismo el ideal de la patria engendró, por su innato egoísmo, el odio entre los pueblos; el servilismo y la esclavitud como institución; la fuerza como derecho; el placer como moral.

La conciencia católica, por el contrario, tiene como imperativo el amor, basado en la paz, cual fruto maduro de la fraternidad humana bajo la tutela del padre celestial. La guerra es la excepción—no siempre valedera—y sólo tolerable como sanción tuitiva del derecho violado; y jamás como empresa de lucro, ni ominoso botín o expolia-

ción inicua, ni como injusticia cualquiera del victorioso sobre el vencido.

La conciencia católica condena el despotismo y traza a la jurídica su órbita moral.

La subversión que supone el predominio de la conciencia nacional sobre la conciencia católica nos ha traído el truculento espectáculo de los últimos años; en que un espíritu siniestro de odio y de venganza parecía espurrear sobre la hoguera viva el terrible misterio de iniquidad: la insana ciencia conspirando, con sus conquistas estupendas sobre la naturaleza, a la devastación universal...! Tenemos así el cumplimiento de la sentencia: «La sabiduría de la carne es una muerte, en lugar de que la sabiduría del espíritu es vida y paz.»

La conciencia jurídica, antes del cristianismo, significó el triunfo de la letra sobre el espíritu de la ley. Concepto grosero tan en consonancia con el imperio de la materia sobre el espíritu sofocado.

Los juristas de ogaño, en retrógrado movimiento, vuelven al culto supersticioso de la ley escrita por sobre la ley moral; y ceñidos al fetichismo de la letra no reconocen más derechos que los emanados de la voluntad ambulatoria de los parlamentos, caricatura vil de los pueblos, y del despotismo solapado de políticos ambiciosos, verdaderos anfitriones en el festín de las democracias.

Y a veces, mezcladas las voces, se oyen también las de quienes debieran tener muy claro el concepto de los deberes impuestos por la conciencia católica, profiriendo máximas engañosas y hablando irreverentemente de Dios con doblez!

Organizar la conciencia católica, avivarla, sistematizar su contenido, esa es la tarea del catolicismo contemporáneo.

La cátedra, donde la Iglesia docente debe ser escuchada; el periodismo, no como empresa comercial, sino como institución destinada a reflejar la sana crítica sobre la sociedad y el gobierno; la acción consciente en lo social y lo político, he ahí las columnas maestras de este soberbio edificio.

La inteligencia, clareada con la pujante luz de la fe, déjase impregnar de la profunda y eterna sabiduría: «exhalación de la virtud de Dios, pura emanación de la gloria del Omnipotente; y que siendo así inmutable todo lo renueva y se derrama por las naciones entre las almas santas, formando amigos de Dios; y que es así más hermosa que el sol y sobrepuja a todo el orden de las estrellas, y si se compara con la luz la hace muchas ventajas: visto que a la luz le alcanza la noche; pero la malicia jamás prevalece contra la sabiduría.»

Esa sabiduría constituye el tesoro inapreciable de la Iglesia que «infunde vida a sus hijos, y acoge a los que la buscan, y va delante de ellos en el camino de la justicia; tesoro infinito para los hombres, que a cuantos se han valido de él, los ha hecho partícipes de la amistad de Dios.» Esa sabiduría que, según el mismo soberano Espíritu, «enseñó la templanza, la prudencia, la justicia y la fortaleza, que son las cosas más útiles a los hombres en esta vida; porque desdichado es quien desecha la sabiduría y la instrucción, y vana es su esperanza, sin fruto sus trabajos e inútiles sus obras.» Esa sabiduría que emana de Dios en las alturas y «sus corrientes son los mandamientos eternos», ha sido y es la enseñanza divina de la Iglesia. Contra ella se han levantado las modernas cátedras del error; y proclamando la animalidad del hombre y la estúpida paradoja de la impotencia de su orgullosa razón, han juzgado por mejor abrevadero espiritual las fuentes de sus sentidos; que sólo encaran el mundo exterior como una mera representación de la mente; engolfándola en las corrientes de la ciencia, divorciada de las nociones supremas de la cultura metafísica, y por ende ciega a la luz espiritual e inextinguible de la revelación divina. De ahí ese tristísimo y lamentable espectáculo de la sociedad moderna engreída de su necio saber nacido de la enciclopedia; enemiga de Dios y contraria a su Ley; y cuyos corifeos, según el apóstol, son «fuentes sin agua, nieblas agitadas por torbellinos para los cuales está reservado el abismo de las tinieblas.»

Si bella e inefable es la sabiduría que sostiene a la Iglesia, no menos hermosa es la caridad que une y levanta todos los corazones en un ritmo sublime de suave y armónica concordia.

«Creer en el mismo Dios, ha dicho un pensador argentino, es sentir de la misma manera el infinito; es parecerse en lo íntimo del espíritu; es simpatizar en el más alto grado.»

Y si esto es aplicable a todo nexo religioso, en rigor lo es solamente para la Iglesia católica, cuya unidad en la doctrina y en el gobierno repudia el libre examen de las sectas de conciencia disociada; y cuya *subordinación* en la obediencia y *coordinación* en la caridad constituye el verdadero organismo social, que según la frase del Apóstol es el mismo cuerpo místico de Cristo del cual todos somos los miembros vitales.

Notable arquetipo de solidaridad, que justifica la confesión de Taine: «El viejo Evangelio sigue siendo el más poderoso auxiliar del instinto social.»

El hombre llevado de su prolífico espíritu social ha multiplicado las

uniones nacidas de la simpatía y del interés común. Por cima de todas ellas, la familia y el Estado aparecen no como creaciones suyas, sino antes como imposiciones dimanadas de su propia naturaleza.

Todas estas manifestaciones del espíritu social reconocen límites infranqueables nacidos de la raza, de la lengua, de la historia y de la geografía: suerte de imperativos categóricos que sobreponense al sentimiento religioso, al intelectual y al artístico en el espacio y en el tiempo. Mas la Iglesia soberbio arquetipo del ente social, hace soberanamente excepción a estas reglas inflexibles de la constitución y estructura de los otros organismos colectivos.

Dilatada más allá de toda frontera natural, extiende sus confines, semejante a un inmenso mar sin orillas, por sobre los límites geográficos o históricos, morales o físicos que a las falsas sectas oprimen y cierran el paso; llena del espíritu del Eterno refleja esa su eternidad dominadora sobre el tiempo, ostentando frente a las múltiples variaciones del error la firme inmutabilidad de sus dogmas; y la rigidez de su moral excelsa frente a sistemas acomodaticios emanados de la sentina vil de vergonzosas pasiones.

Enseñoreada así, por derecho divino, de la mente, sobre la cual ejerce suprema dictadura, y sobre el corazón, al que ha ganado con su yugo suave y su peso ligero, la Iglesia colma la medida del ideal moral soñado por el hombre y hace, aun temporalmente, la felicidad de los ciudadanos militantes bajo su bandera inmaculada.

Para el triunfo de este ideal, la conciencia católica, omnicomprendiva, debe avivarse en la hora actual con el apremio que entre nosotros demanda la tarea de sistematizarla vigorosamente y tornarla así, de disociada y difusa, en potente y unificadora: merced a la fuerza de una suprema síntesis mental, inspirada en la doctrina inmortal del Cristo y las enseñanzas saludables de su Iglesia. Tal es el deber imperioso del momento, como reacción contra la funesta apostasía ambiente, que renegando del Evangelio ha reducido la civilización cristiana a unas pocas máximas inoculadas en el espíritu social más que por obra de la educación por la fuerza ciega de la asimilación inconsciente.

Los próceres del Congreso de Tucumán, que al decir de Avellaneda tenían el sentido de las cosas divinas, dieron alto ejemplo de subordinación a la conciencia católica, cuando con gesto poético arrancaron del florido pensil de la Iglesia esa bella Rosa para ofrendarla como florón en el templo glorioso de la patria. Y demostrando así prácticamente que «al emanciparse de su rey tomaban todos los cuidados para no emanciparse de su Dios y de su altar», proclamaron

a la faz del mundo el patrocinio de la virgen americana sobre la naciente independencia argentina.

Ejemplo felizmente bebido de la genuina tradición de nuestro linaje. No necesitase, a fe, recorrer las páginas de oro de la historia de España, ni remontarse a la pretérita Edad Media, para probar este aserto. Baste fijar la mirada ante ese grandioso espectáculo actual del insigne monarca español; y contemplarlo, a don Alfonso, acompañado de la gentil reina, postrados de hinojos ante el solio pontificio, ofreciendo ante el mundo atónito el ejemplo más elocuente de subordinación de la conciencia nacional a la conciencia católica; y de homenaje sublime a la soberanía de la Iglesia de la soberanía de la Nación!

Que al adherirnos, señores, a esta fiesta evocadora de la fe intrépida de nuestros mayores, saludemos desde el fondo del alma ese espíritu tradicional de religión y patria, difundido a través de nuestras glorias nacionales, y por ello glorias asimismo católicas, para que a su influjo benéfico por siempre se inspire el noble pueblo argentino en el culto ferviente de tan caros ideales, cuya arrobadora conjunción arranca de nuestro pecho la nota de lo sublime, que vibra con la evocación de lo infinito, cifra y compendio de la bondad eterna de Dios!

He dicho.

JOSÉ IGNACIO OLMEDO.